

tres ó cuatro dientes que traen en un palillo, que son de un pescado que se dice palometa. Este pescado corta los anzuelos con ellos, y teniendo á los prisioneros por los cabellos, con tres ó cuatro refregonos que les dan, corriendo la mano por el pescuezo y torciéndola un poco, se lo cortan, y quitan la cabeza, y se la llevan en la mano, asida por los cabellos; y aunque van corriendo, muchas veces lo suelen hacer así tan fácilmente como si fuese otra cosa mas ligera.

CAPITULO XXVI.

Cómo el Gobernador rompió los enemigos.

Rompidos y desbaratados los indios, y yendo en su seguimiento el Gobernador y su gente, uno de á caballo que iba con el Gobernador, que se halló muy junto á un indio de los enemigos, el cual indio se abrazó al pescuezo de la yegua en que iba el caballero, y con tres flechas que llevaba en la mano dió por el pescuezo á la yegua, que se lo pasó por tres partes, y no lo pudieron quitar hasta que allí lo mataron; y si no se hallara presente el Gobernador, la victoria por nuestra parte estuviera dudosa. Esta gente de estos indios son muy grandes y muy ligeros, son muy valientes y de grandes fuerzas, viven gentilicamente, no tienen casas de asiento, mántiense de montería y de pesquería; ninguna nacion los venció sino fueron españoles. Tienen por costumbre que si alguno los venciese, se les darian por esclavos. Las mujeres tienen por costumbre y libertad que si á cualquier hombre que los suyos hobieren prendido y captivado queriéndolo matar, la primera mujer que lo viera lo liberta, y no puede morir ni menos ser captivo; y queriendo estar entre ellos el tal captivo, lo tratan y quieren como si fuese de ellos mismos. Y es cierto que las mujeres tienen mas libertad que la que dió la reina doña Isabel, nuestra señora, á las mujeres de España; y cansado el Gobernador y su gente de seguir el enemigo, se volvió al real, y recogida la gente con buena orden, comenzó á caminar, volviéndose á la ciudad de la Ascension; é yendo por el camino, los indios guaycurues por muchas veces los siguieron y dieron arma, lo cual dió causa á que el Gobernador tuviese mucho trabajo en traer recogidos los indios que consigo llevó, porque no se los matasen los enemigos que habian escapado de la batalla; porque los indios guaranies que habian ido en su servicio tienen por costumbre que, en habiendo una pluma ó una flecha ó una estera de cualquiera de los enemigos, se vienen con ella para su tierra solos, sin aguardar otro ninguno; y así aconteció matar veinte guaycurues á mil guaranies, tomándolos solos y divididos; tomaron en aquella jornada el Gobernador y su gente hasta cuatrocientos prisioneros, entre hombres y mujeres y muchachos; y caminando por el camino, la gente de á caballo alancearon y mataron muchos venados; de que los indios se maravillaban mucho de ver que los caballos fuesen tan ligeros que los pudiesen alcanzar. Tambien los indios mataron con flechas y arcos muchos venados; y á hora de las cuatro de la tarde vinieron á reposar debajo de unas grandes arboledas, donde dormieron aquella noche, puestas centinelas y á buen recaudo.

CAPITULO XXVII.

De cómo el Gobernador volvió á la ciudad de la Ascension con toda su gente.

Otro dia siguiente, siendo de dia claro, partieron en buena orden, y fueron caminando y cazando, así los españoles de á caballo como los indios guaranies, y se mataron muchos venados y avestruces, y ansimismo la gente española con las espadas mataron algunos venados que venian á dar al escuadron huyendo de la gente de á caballo y de los indios, que era cosa de ver y de muy gran placer ver la caza que se hizo el dicho dia; y hora y media antes que anocheciese llegaron á la ribera del rio del Paraguay, donde habia dejado el Gobernador los dos bergantines y canoas, y este dia comenzó á pasar alguna de la gente y caballos; y otro dia siguiente, dende la mañana hasta el mediodía, se acabó todo de pasar; y caminando, llegó á la ciudad de la Ascension con su gente, donde habia dejado para su guarda docientos y cincuenta hombres, y por capitán á Gonzalo de Mendoza, el cual tenia presos seis indios de una generacion que se llaman yapirues, la cual es una gente crescida, de grandes estaturas, valientes hombres, guerreros y grandes corredores, y no labran ni crían: mántiense de la caza y pesquería; son enemigos de los indios guaranies y de los guaycurues. Y habiendo hablado Gonzalo de Mendoza al Gobernador, le informó y dijo que el dia antes habian venido los indios y pasado el rio del Paraguay, diciendo que los de su generacion habian sabido de la guerra que habian ido á hacer y se habia hecho á los indios guaycurues, y que ellos y todas las otras generaciones estaban por ello atemorizados, y que su principal los enviaba á hacer saber cómo deseaban ser amigos de los cristianos; y que si ayuda fuese menester contra los guaycurues, que venian; y que él habia sospechado que los indios venian á hacer alguna traicion y á ver su real, debajo de aquellos ofrescimientos, y que por esta razon los habia preso hasta tanto que se pudiese bien informar y saber la verdad; y sabido lo susodicho por el Gobernador, los mandó luego soltar y que fuesen traídos ante él; los cuales fueron luego traídos, y les mandó hablar con una lengua intérprete español que entendia su lengua, y les mandó preguntar la causa de su venida á cada uno por sí. Y entendido que de ello redundara provecho y servicio de su majestad, les hizo buen tratamiento, y les dió muchas cosas de rescates para ellos y para su principal, diciéndoles cómo él los recibia por amigos y por vasallos de su majestad, y que del Gobernador serian bien tratados y favorecidos; con tanto, que se apartasen de la guerra que solian tener con los guaranies, que eran vasallos de su majestad, y de hacerles daño; porque les hacia saber que esta habia sido la causa principal por que les habia hecho guerra á los indios guaycurues; y así los despidió, y se partieron muy alegres y contentos.

CAPITULO XXVIII.

De cómo los indios agaces rompieron las paces.

Demás de lo que Gonzalo de Mendoza dijo y avisó al Gobernador, de que se hace mencion en el capitulo antes que este, le dijo que los indios de la generacion de

os agaces, con quien se habian hecho y asentado las paces la noche del propio dia que partió de la ciudad de la Ascension á hacer la guerra á los guaycurues, habian venido con mano armada á poner fuego á la ciudad y hacerles la guerra, y que habian sido sentidos por las centinelas, que tocaron al arma; y ellos, conociendo que eran sentidos, se fueron huyendo, y dieron en las labranzas y caserías de los cristianos, de los cuales tomaron muchas mujeres de la generacion de los guaranies, de cristianas nuevamente convertidas, y que de allí adelante habian venido cada noche á saltar y robar la tierra, y habian hecho muchos daños á los naturales por haber rompido la paz; y las mujeres que habian dado en rehenes, que eran de su generacion, para que guardarian la paz, la misma noche que ellos vinieron habian huido, y les habian dado aviso cómo el pueblo quedaba con poca gente, y que era buen tiempo para matar los cristianos; y por aviso de ellas vinieron á quebrantar la paz y hacer la guerra, como lo acostumbraaban; y habian robado las caserías de los españoles, donde tenian sus mantenimientos, y se los habian llevado, con mas de treinta mujeres de los guaranies. Y oido esto por el Gobernador, y tomada informacion de ello, mandó llamar los religiosos y clérigos, y á los oficiales de su majestad y á los capitanes, á los cuales dió cuenta de lo que los agaces habian hecho en rompimiento de las paces, y les rogó, y de parte de su majestad les mandó, que diesen su parecer (como su majestad lo mandó que lo tomase, y con él hiciese lo que conviniese), firmándolo todos ellos de sus nombres y mano, y siendo conformes á una cosa, hiciese lo que ellos le aconsejasen; y platicado el negocio entre todos ellos, y muy bien mirado, fueron de acuerdo y le dieron por parecer que les hiciese la guerra á fuego y á sangre, por castigarlos de los males y daños que continuo hacian en la tierra; y siendo este su parecer, estando conformes, lo firmaron de sus nombres. Y para mas justificacion de sus delitos, el Gobernador mandó hacer proceso contra ellos; y hecho, lo mandó juntar y acomular con otros cuatro procesos que habian hecho contra ellos antes que el Gobernador fuese. Los cristianos que antes en la tierra estaban habian muerto mas de mil de ellos por los males que en la tierra continuamente hacian.

CAPITULO XXIX.

De cómo el Gobernador soltó uno de los prisioneros guaycurues, y envió á llamar los otros.

Después de haber hecho lo que dicho es contra los agaces, mandó el Gobernador llamar á los indios principales guaranies que se hallaron en la guerra de los guaycurues, y les mandó que le trujesen todos los prisioneros que habian habido y traído de la guerra de los guaycurues, y les mandó que no consintiesen que los guaranies escondiesen ni traspusiesen ninguno de los dichos prisioneros, so pena que el que lo hiciese seria muy bien castigado; y así, trujeron los españoles los que habian habido, y á todos juntos les dijo que su majestad tenia mandado que ninguno de aquellos guaycurues no fuese esclavo, porque no se habian hecho con ellos las diligencias que se habian de hacer, y antes era mas servido que se les diese libertad; y entre

los tales indios prisioneros estaba uno muy gentil hombre y de muy buena proporcion, y por ello el Gobernador lo mandó soltar y poner en libertad, y le mandó que fuese á llamar los otros todos de su generacion; que él queria hablarles de parte de su majestad y recibirlos en su nombre por sus vasallos, y que siéndolo ellos, él los ampararia y defenderia, y les daria siempre rescates y otras cesas; y dióle algunos rescates, con que se partió muy contento para los suyos, y así se fué, y dende á cuatro dias volvió y trujo consigo todos los de su generacion, los cuales muchos de ellos estaban mal heridos; y así como estaban vinieron todos, sin faltar ninguno.

CAPITULO XXX.

Cómo vinieron á dar la obediencia los indios guaycurues á su majestad.

Dende á cuatro dias que el prisionero se partió del real, un lunes por la mañana llegó á la orilla del rio con toda la gente de su nacion, los cuales estaban debajo de una arboleda á la orilla del rio del Paraguay; y sabido por el Gobernador, mandó pasar muchas canoas con algunos cristianos y algunas lenguas con ellas, para que los pasasen á la ciudad, para saber y entender qué gente eran; y pasadas de la otra parte las canoas, y en ellas hasta veinte hombres de su nacion, vinieron ante el Gobernador, y en su presencia se sentaron sobre un pié como es costumbre, entre ellos, y dijeron por su lengua que ellos eran principales de su nacion de guaycurues, y que ellos y sus antepasados habian tenido guerras con todas las generaciones de aquella tierra, así de los guaranies como de los imperues y agaces y guataes y naperues y mayaes, y otras muchas generaciones, y que siempre les habian vencido y maltratado, y ellos no habian sido vencidos de ninguna generacion ni lo pensaron ser; y que pues habian hallado otros mas valientes que ellos, que se venian á poner en su poder y á ser sus esclavos, para servir á los españoles; y pues el Gobernador, con quien hablaban, era el principal de ellos, que les mandase lo que habian de hacer como á tales sus sujetos y obedientes; y que bien sabian los indios guaranies que no bastaban ellos á hacerles la guerra, porque ellos no los temian ni tenian en nada, ni se atreverian á los ir á buscar y hacer la guerra si no fuera por los españoles; y que sus mujeres y hijos quedaban de la otra parte del rio, y venian á dar la obediencia y hacer lo mismo que ellos; y que por ellos, y en nombre de todos, se venian á ofrescer al servicio de su majestad.

CAPITULO XXXI.

De cómo el Gobernador, hechas las paces con los guaycurues, les entregó los prisioneros.

Y visto por el Gobernador lo que los indios guaycurues dijeron por su mensaje, y que una gente que tan temida era en toda la tierra venian con tanta humildad á ofrescerse y ponerse en su poder (lo cual puso grande espanto y temor en toda la tierra), les mandó decir por las lenguas intérpretes que él era allí venido por mandado de su majestad, y para que todos los naturales viniesen en conocimiento de Dios nuestro Señor, y fue-

sen cristianos y vasallos de su majestad, y á ponerlos en paz y sosiego, y á favorecerlos y hacerlos buenos tratamientos; y que si ellos se apartaban de las guerras y daños que hacian á los indios guaraníes, que él los ampararía y defendería y tendría por amigos, y siempre serian mejor tratados que las otras generaciones, y que les darian y entregarían los prisioneros que en la guerra les habia tomado, así los que él tenia como los que tenían los cristianos en su poder, y los otros todos que tenían los guaraníes que en su compañía habian llevado (que tenían muchos de ellos); y poniéndolo en efecto, los prisioneros que en su poder estaban y los que los dichos guaraníes tenían, los trajeron todos ante el Gobernador, y se los dió y entregó; y como los hobieron recebido, dijeron y afirmaron otra vez que ellos querian ser vasallos de su majestad, y dende entonces daban la obediencia y vasallaje, y se apartaban de la guerra de los guaraníes, y que dende en adelante vernian á traer en la ciudad todo lo que tomasen, para provision de los españoles; y el Gobernador se lo agradeció, y les repartió á los principales muchas joyas y rescates, y quedaron concertadas las paces, y de allí adelante siempre las guardaron, y vinieron todas las veces que el Gobernador los envió á llamar, y fueron muy obedientes en sus mandamientos, y su venida era de ocho á ocho dias á la ciudad, cargados de carne de venados y puercos monteses, asada en barbacoa. Esta barbacoa es como unas parrillas, y están dos palmos altas del suelo, y son de palos delgados, y echan la carne escalada encima, y así la asan; y traen mucho pescado y otros muchos mantenimientos, mantecas y otras cosas, y muchas mantas de lino que hacen de unos cardos, las cuales hacen muy pintadas; y asimismo muchos cueros de tigres y de dantas y de venados, y de otros animales que matan; y cuando así vienen, dura la contratacion de los tales mantenimientos dos dias y contratan los de la otra parte del rio que están con sus ranchos; la cual contratacion es muy grande, y son muy apacibles para los guaraníes, los cuales les dan, en trueque de lo que traen, mucho maíz y mandioca y mandubis, que es una fruta como avellanas ó chufas, que se cria debajo de la tierra; tambien les dan y truecan arcos y flechas; y pasan el rio á esta contratacion docientas canoas juntas, cargadas de estas cosas, que es la mas hermosa cosa del mundo verlas ir; y como van con tanta priesa, algunas veces se encuentran las unas con las otras, de manera que toda la mercadería y ellas van al agua; y los indios á quien acontece lo tal, y los otros que están en tierra esperándoles, toman tan gran risa, que en dos dias no se apacigua entre ellos el regocijo; y para ir á contratar van muy pintados y empenachados, y toda la plumería va por el rio abajo, y mueren por llegar con sus canoas unos primero que otros, y esta es la causa por donde se encuentran muchas veces; y en la contratacion tienen tanta vocería, que no se oyen los unos á los otros, y todos están muy alegres y regocijados.

CAPITULO XXXII.

Cómo vinieron los indios aperues á hacer paz y dar la obediencia.

Dende á pocos dias que los seis indios aperues se

volvieron para los suyos, después que los mandó soltar el Gobernador para que fuesen á asegurar á los otros indios de su generacion, un domingo de mañana llegaron á la ribera del Paraguay, de la otra parte, á vista de la ciudad de la Ascension, hechos un escuadron; los cuales hicieron seña á los de la ciudad, diciendo que querian pasar á ella; y sabido por el Gobernador, luego mandó ir canoas á saber qué gente eran; y como llegaron á tierra, los dichos indios se metieron en ellas y pasaron de esta otra parte hácia la ciudad; y venidos delante del Gobernador, dijeron cómo eran de aperues, y se sentaron sobre el pié, como gente de paz (segun su costumbre); y sentados, dijeron que eran los principales de aquella generacion llamada aperues, y que venian á conocerse con el principal de los cristianos, y á lo tener por amigo y hacer lo que él les mandase; y que la guerra que se habia hecho á los indios guaycurues la habian sabido por toda la tierra, y que por razon de ello todas las generaciones estaban muy temerosas y espantadas de que los dichos indios (siendo los mas valientes y temidos) fuesen acometidos y vencidos y desbaratados por los cristianos; y que en señal de la paz y amistad que querian tener y conservar con los cristianos trujeron consigo ciertas hijas suyas, y rogaron al Gobernador que las recibiese, y para que ellos estuviesen mas ciertos y seguros y les tuviesen por amigos, las daban en rehenes; y estando presentes á ello los capitanes y religiosos que consigo traia el Gobernador, y asimismo en presencia de los oficiales de su majestad, dijo que él era venido á aquella tierra á dar á entender á los naturales de ella cómo habian de ser cristianos y enseñados en la fe, y que diesen la obediencia á su majestad, y tuviesen paz y amistad con los indios guaraníes, pues eran naturales de aquella tierra y vasallos de su majestad, y que guardando ellos el amistad y otras cosas que les mandó de parte de su majestad, los recibiría por sus vasallos, y como á tales los ampararía y defendería de todos, guardando la paz y amistad con todos los naturales de aquella tierra, y mandaría á todos los indios que los favoreciesen y tuviesen por amigos; y dende allí los tuviesen por tales, y que cada y cuando que quisiesen pudiesen venir seguros á la ciudad de la Ascension á rescatar y contratar con los cristianos y indios que en ella residian, como lo hacian los guaycurues después que asentó la paz con ellos; y para tener seguro de ellos, el Gobernador recibió las mujeres y hijas que le dieron, y tambien porque no se enojasen, creyendo que, pues no las tomaba, no los admitia; las cuales mujeres y muchachos el Gobernador dió á los religiosos y clérigos para que las doctrinasen y enseñasen la doctrina cristiana, y las pusiesen en buenos usos y costumbres; y los indios se holgaron mucho de ello, y quedaron muy contentos y alegres por haber quedado por vasallos de su majestad, y dende luego como tales le obedescieron y propusieron de cumplir lo que por parte del Gobernador les fué mandado; y habiéndoles dado muchos rescates, con que se alegraron y contentaron mucho, se fueron muy alegres. Estos indios de que se ha tratado nunca están quedos de tres dias arriba en un asiento; siempre se mudan de tres á tres dias, y andan buscando la caza y monterías y

pesquerías para sustentarse, y traen consigo sus mujeres y hijos; y deseoso el Gobernador de atraerlos á nuestra santa fe católica, preguntó á los clérigos y religiosos si habia manera para poder industrial y doctrinar aquellos indios. Y le respondieron que no podia ser, por no tener los dichos indios asiento cierto, y porque se les pasaban los dias y gastaban el tiempo en buscar de comer; y que por ser la necesidad tan grande de los mantenimientos, que no podian dejar de andar todo el día á buscarlos con sus mujeres y hijos; y si otra cosa en contrario quisiesen hacer, morirían de hambre; y que seria por demás el trabajo que en ello se pusiese, porque no podrian venir ellos ni sus mujeres y hijos á la doctrina, ni los religiosos estar entre ellos, porque habia poca seguridad y menos confianza.

CAPITULO XXXIII.

De la sentencia que se dió contra los agaces, con parescer de los religiosos y capitanes y oficiales de su majestad.

Después de haber recebido el Gobernador á la obediencia de su majestad los indios (como habeis oido), mandó que le mostrasen el proceso y probanza que se habia hecho contra los indios agaces; y visto por él y por los otros procesos que contra ellos se habia hecho, paresció por ellos ser culpados por los robos y muertes que por toda la tierra habian hecho, mostró el proceso de sus culpas y la instruccion que tenia de su majestad á los clérigos y religiosos, estando presentes los capitanes y oficiales de su majestad; y habiéndolo muy bien visto todos juntamente, sin discrepar en ninguna cosa, le dieron por parescer que les hiciese la guerra á fuego y á sangre, porque así convenia al servicio de Dios y de su majestad; y por lo que resultaba por el proceso de sus culpas, conforme á derecho, los condenó á muerte á trece ó á catorce de su generacion que tenia presos; y entrando en la cárcel su alcalde mayor á sacarlos, con unos cuchillos que tenían escondidos dieron ciertas puñaladas á personas que entraron con el Alcalde, y los mataron si no fuera por otra gente que con ellos iban, que los socorrieron; y defendiéndose de ellos, fuéles forzado meter mano á las espadas que llevaban; y metiéronles en tanta necesidad, que mataron dos de ellos y sacaron los otros á ahorcar en ejecucion de la sentencia.

CAPITULO XXXIV.

De cómo el Gobernador tornó á socorrer á los que estaban en Buenos-Aires.

Como las cosas estaban en paz y quietud, envió el Gobernador á socorrer la gente que estaba en Buenos-Aires, y al capitán Juan Romero, que habia enviado á hacer el mismo socorro con dos bergantines y gente; para el cual socorro acordó enviar al capitán Gonzalo de Mendoza con otros dos bergantines cargados de bastimentos y cien hombres; y esto hecho, mandó llamar los religiosos y clérigos y oficiales de vuestra majestad, á los cuales dijo que pues no habia cosa que impidiese el descubrimiento de aquella provincia, que se debia de buscar lumbre y camino por donde sin peligro y menos pérdida de gente se pusiese en efecto la entrada por tierra, por donde hubiese poblaciones de indios y que

tuviesen bastimentos, apartándose de los despoblados y desiertos (porque habia muchos en la tierra), y que les rogaba y encomendaba de parte de su majestad mirasen lo que mas útil y provechoso fuese y les paresciese, y que sobre ello le diesen su parescer, los cuales religiosos y clérigos, y el comisario fray Bernaldo de Armenta, y fray Alonso Lebron, de la orden del señor sant Francisco; y fray Juan de Salazar, de la orden de la Merced; y fray Luis de Herrezuelo, de la orden de sant Hierónimo; y Francisco de Andrada, el bachiller Martín de Almenza, y el bachiller Martínez, y Juan Gabriel de Lezcano, clérigos y capellanes de la iglesia de la ciudad de la Ascension. Asimismo pidió parescer á los oficiales de su majestad y á los capitanes; y habiendo platicado entre todos sobre ello, todos conformes dijeron que su parescer era que luego con toda brevedad se enviase á buscar tierra poblada por donde se pudiese ir á hacer la entrada y descubrimiento, por las causas y razones que el Gobernador habia dicho y propuesto, y así quedó aquel dia asentado y concertado; y para que mejor se pudiese hacer el descubrimiento, y con mas brevedad, mandó el Gobernador llamar los indios mas principales de la tierra y mas antiguos de los guaraníes, y les dijo cómo él queria ir á descubrir las poblaciones á aquella provincia, de las cuales ellos le habian dado relacion muchas veces; y que antes de lo poner en efecto queria enviar algunos cristianos á que por vista de ojos viesen el camino por donde habian de ir; y que pues ellos eran cristianos y vasallos de su majestad, tuviesen por bien de dar indios de su generacion que supiesen el camino para los llevar y guiar, de manera que se pudiese traer buena relacion, y á vuestra majestad harian servicio y á ellos mucho provecho, allende que les seria pagado y gratificado; y los indios principales dijeron que ellos se iban, y proveerian de la gente que fuese menester cuando se la pidiesen, y allí se ofrecieron muchos de ir con los cristianos; el primero fué un indio principal del rio arriba que se llamaba Aracare, y otros señalados que adelante se dirá; y vista la voluntad de los indios, se partieron con ellos tres cristianos—lenguas, hombres pláticos en la tierra, y iban con ellos los indios que se le habian ofrecido muchas veces, de guaraníes y otras generaciones, los cuales habian pedido les diesen la empresa del descubrimiento; á los cuales encomendó que con toda diligencia y fidelidad descubriesen aquel camino, adonde tanto servicio harian á Dios y á vuestra majestad; y entre tanto que los cristianos y indios ponian en efecto el camino, mandó aderezar tres bergantines y bastimentos y cosas necesarias, y con noventa cristianos envió al capitán Domingo de Irala, vizcaíno, por capitán de ellos, para que subiesen por el rio del Paraguay arriba todo lo que pudiesen navegar y descubrir en tiempo de tres meses y medio, y viesen si en la ribera del rio habia algunas poblaciones de indios, de los cuales se tomase relacion y aviso de las poblaciones y gente de la provincia. Partieronse estos tres navíos de cristianos á 20 dias del mes de noviembre, año de 1542. En ellos iban los tres españoles con los indios que habian de descubrir por tierra, á do habian de hacer el descubrimiento por el puerto que dicen de las Piedras, setenta leguas de la ciudad de la

Ascension, yendo por el rio del Paraguay arriba. Partidos los navíos que iban á hacer el descubrimiento de la tierra, dende á ocho dias escribió una carta el capitán Vergara, cómo los tres españoles se habian partido con número de mas de ochocientos indios por el puerto de las Piedras, debajo del Trópico en veinte y cuatro grados, á proseguir su camino y descubrimiento, y que los indios iban muy alegres y deseosos de enseñar á los españoles el dicho camino; y habiéndolos encargado y encomendado á los indios, se partía para el rio arriba á hacer el descubrimiento.

CAPITULO XXXV.

Cómo se volvieron de la entrada los tres cristianos y indios que iban á descubrir.

Pasados veinte dias que los tres españoles hobieron partido de la ciudad de la Ascension á ver el camino que los indios se ofrecieron á les enseñar, volvieron á la ciudad, y dijeron que llevando por guia principal Aracare, indio principal de la tierra, habian entrado por el que dicen puerto de las Piedras, y con ellos hasta ochocientos indios, poco mas ó menos; y habiendo caminado cuatro jornadas por la tierra por donde los dichos indios iban, guiando el indio Aracare, principal, como hombre que los indios le temian y acataban con mucho respeto, les mandó, desde el principio de su entrada, fuesen poniendo fuego por los campos por donde iban caminando, que era dar grande aviso á los indios de aquella tierra, enemigos, para que saliesen á ellos al camino y los matasen; lo cual hacian contra la costumbre y orden que tienen los que van á entrar y á descubrir por semejantes tierras y entre los indios se acostumbra; y allende de esto, el Aracare públicamente iba diciendo á los indios que se volviesen y no fuesen con ellos á les enseñar el camino de las poblaciones de la tierra, porque los cristianos eran malos, y otras palabras muy malas y ásperas, con las cuales escandalizó á los indios; y no embargante que por ellos fueron rogados y importunados siguiesen su camino y dejasen de quemar los campos, no lo quisieron hacer; antes al cabo de las cuatro jornadas se volvieron, dejándolos desamparados y perdidos en la tierra, y en muy gran peligro, por lo cual les fué forzado volverse, visto que todos los indios y las guias se habian vuelto.

CAPITULO XXXVI.

Cómo se hizo tabazon para los bergantines y una carabela.

En este tiempo el Gobernador mandó que se buscara madera para aserrar y hacer tabazon y ligazon, así para hacer bergantines para el descubrimiento de la tierra, como para hacer una carabela que tenia acordado de enviar á este reino para dar cuenta á su majestad de las cosas sucedidas en la provincia en el descubrimiento y conquista de ella; y el Gobernador personalmente fué por los montes y campos de la tierra con los oficiales y maestros de bergantines y aserradores; los cuales en tiempo de tres meses aserraron toda la madera que les pareció que bastaria para hacer la carabela y diez navíos de remos para la navegacion del rio y descubrimiento de él; la cual se trajo á la ciudad de la Ascension por los indios naturales, á los cuales mandó pagar

sus trabajos, y de la madera con toda diligencia se comenzaron á hacer los dichos bergantines.

CAPITULO XXXVII.

De cómo los indios de la tierra se tornaron á ofrescer.

Y visto que los cristianos que habia enviado á descubrir y buscar camino para hacer la entrada y descubrimiento de la provincia se habian vuelto sin traer relacion ni aviso de lo que convenia, y que al presente se ofrescian ciertos indios principales naturales de esta ribera, algunos de los cristianos nuevamente convertidos y otros muchos indios, ir á descubrir las poblaciones de la tierra adentro, y que llevarian consigo algunos españoles que lo viesan, y trujesen relacion del camino que así descubriesen, habiendo hablado y platicado con los indios principales que á ello se ofrecieron, que se llamaban Juan de Salazar Cupirati, y Lorenzo Moquiraci, y Timbuay, y Gonzalo Mayrairu, y otros; y vista su voluntad y buen celo con que se movian á descubrir la tierra, se lo agradeció y ofresció que su majestad, y él en su real nombre, se lo pagarian y gratificarian; y á esta sazón le pidieron cuatro españoles, hombres pláticos en aquella tierra, les diese la empresa del descubrimiento, porque ellos irian con los indios y porrian en descubrir el camino toda la diligencia que para tal caso se requeria; y visto que de su voluntad se ofrescian, el Gobernador se lo concedió. Estos cristianos que se ofrescieron á descubrir este camino, y los indios principales con hasta mil y quinientos indios que llamaron y juntaron de la tierra, se partieron á 13 dias del mes de diciembre del año de 542 años, y fueron navegando con canoas por el rio del Paraguay arriba, y otros fueron por tierra hasta el puerto de las Piedras, por donde se habia de hacer la entrada al descubrimiento de la tierra, y habian de pasar por la tierra y lugares de Aracare, que estorbaba que no se descubriese el camino pasado á los indios, á que nuevamente iban, y que no fuesen induciéndoles con palabras de motín; y no lo queriendo hacer los indios, se lo quisieron hacer dejar descubrir por fuerza, y todavía pasaron delante; y llegados al puerto de las Piedras los españoles, llevando consigo los indios y algunos que dijeron que sabian el camino por guias, caminaron treinta dias continuo por tierra despoblada, donde pasaron grandes hambres y sed; en tal manera, que murieron algunos indios, y los cristianos con ellos se vieron tan desatinados y perdidos de sed y hambre, que perdieron el tino y no sabian por dónde habian de caminar; y de esta causa se acordaron de volver y se volvieron, comiendo por todo el camino cardos salvajes, y para beber sacaban zumo de los cardos y de otras yerbas, y á cabo de cuarenta y cinco dias volvieron á la ciudad de la Ascension; y venido por el rio abajo, el dicho Aracare les salió al camino y les hizo mucho daño, mostrándose enemigo capital de los cristianos y de los indios que eran amigos, haciendo guerra á todos; y los indios y cristianos llegaron flacos y muy trabajados. Y vistos los daños tan notorios que el dicho Aracare indio habia hecho y hacia, y cómo estaba declarado por enemigo capital, con parecer de los oficiales de vuestra majestad y religiosos, mandó el Gobernador proceder contra él, y se hizo el proceso, y mandó

que á Aracare le fuesen notificados los autos, y así se lo notificaron, con gran peligro y trabajo de los españoles que para ello envió, porque Aracare los salió á matar con mano armada, levantando y apellidando todos sus parientes y amigos para ello; y hecho y fulminado el proceso conforme á derecho, fué sentenciado á pena de muerte corporal, la cual fué ejecutada en el dicho Aracare indio, y á los indios naturales les fué dicho y dado á entender las razones y causas justas que para ello habia habido. A 20 dias del mes de diciembre vinieron á surgir al puerto de la ciudad de la Ascension los cuatro bergantines que el Gobernador habia enviado al rio del Paraná á socorrer los españoles que venian en la nao que envió dende la isla de Santa Catalina, y con ellos el batel de la nao, y en todos cinco navíos vino toda la gente, y luego todos desembarcaron. Pedro Destopiñan Cabeza de Vaca, á quien dejó por capitán de la nao y gente, el cual dijo que llegó con la nao al rio del Paraná, y que luego fué en demanda del puerto de Buenos-Aires; y en la entrada del puerto, junto donde estaba asentado el pueblo, halló un mastel enarbolado hincado en tierra, con unas letras cavadas que decian: «Aquí está una carta;» y fué hallada en unos barrenos que se dieron; la cual abierta, estaba firmada de Alonso Cabrera, veedor de fundiciones, y de Domingo de Irala, vizcaíno, que se decia y nombraba teniente de gobernador de la provincia; y decia dentro de ella cómo habian despoblado el pueblo del puerto de Buenos-Aires, y llevado la gente que en él residia á la ciudad de la Ascension por causas que en la carta se contenian; y que de causa de hallar el pueblo alzado y levantado, habia estado muy cerca de ser perdida toda la gente que en la nao venia, así de hambre como por guerra que los indios guaranies les daban; y que por tierra, en un esquife de la nao, se le habian ido veinte y cinco cristianos huyendo de hambre, y que iban á la costa del Brasil; y que si tan brevemente no fueran socorridos, y á tardarse el socorro un dia solo, á todos los mataran los indios; porque la propia noche que llegó el socorro, con haberles venido ciento y cincuenta españoles pláticos en la tierra á socorrerlos, los habian acometido los indios al cuarto del alba y puesto fuego á su real, y les mataron y hirieron cinco ó seis españoles; y con hallar tan gran resistencia de navíos y de gente, les pusieron los indios en muy gran peligro; y así, se tuvo por muy cierto que los indios mataran toda la gente española de la nao si no se hallara allí el socorro, con el cual se reformaron y esforzaron para salvar la gente; y que allende de esto, se puso grande diligencia á tornar á fundar y asentar de nuevo el pueblo y puerto de Buenos-Aires, en el rio del Paraná, en un rio que se llama el rio de San Juan, y no se pudo asentar ni hacer á causa que era á la sazón invierno, tiempo trabajoso, y las tapias que se hacian las aguas las derribaban. Por manera que les fué forzado dejarlo de hacer, y fué acordado que toda la gente se subiese por el rio arriba, y traerla á esta ciudad de la Ascension. A este capitán Gonzalo de Mendoza, siempre la víspera ó dia de Todos Santos le acontecia un caso desastrado, y á la boca del rio, el mismo dia, se le perdió una nao cargada de bastimento y se le ahogó gente harta, y viniendo navegando aconteció un acaso extra-

ño. Estando la víspera de Todos Santos surtos los navíos en la ribera del rio junto á unas barranqueras altas, y estando amarrada á un árbol la galera que traia Gonzalo de Mendoza, tembló la tierra, y levantada la misma tierra se vino arrollada como un golpe de mar hasta la barranca, y los árboles cayeron en el rio y la barranca dió sobre los bergantines, y el árbol do estaba amarrada la galera dió tan gran golpe sobre ella que la volvió de abajo arriba, y así la llevó mas de media legua llevando el mastel debajo y la quilla encima; y de esta tormenta se le ahogaron en la galera y otros navíos catorce personas entre hombres y mujeres; y segun lo dijeron los que se hallaron presentes, fué la cosa mas temerosa que jamás pasó; y con este trabajo llegaron á la ciudad de la Ascension, donde fueron bien aposentados y proveídos de todo lo necesario; y el Gobernador con toda la gente dieron gracias á Dios por haberlos traído á salvamiento y escapado de tantos peligros como por aquel rio hay y pasaron.

CAPITULO XXXVIII.

De cómo se quemó el pueblo de la Ascension.

A 4 dias del mes de febrero del año siguiente de 543 años, un domingo de madrugada, tres horas antes que amaneciese, se puso fuego á una casa pajiza dentro de la ciudad de la Ascension, y de allí saltó á otras muchas casas; y como habia viento fresco, andaba el fuego con tanta fuerza, que era espanto de lo ver, y puso grande alteracion y desasosiego á los españoles, creyendo que los indios por les echar de la tierra lo habian hecho. El Gobernador á la sazón hizo dar al arma para que acudiesen á ella y sacasen sus armas, y quedasen armados para se defender y sustentar en la tierra; y por salir los cristianos con sus armas, las escaparon, y quemóseles toda su ropa, y quemáronse mas de docientas casas, y no les quedaron mas de cincuenta casas, las cuales escaparon por estar en medio un arroyo de agua, y quemáronseles mas de cuatro ó cinco mil hanegas de maíz en grano, que es el trigo de la tierra, y mucha harina de ello, y muchos otros mantenimientos de gallinas y puercos en gran cantidad, y quedaron los españoles tan perdidos y destruidos y tan desnudos, que no les quedó con que se cubrir las carnes; y fué tan grande el fuego, que duró cuatro dias; hasta una braza debajo de la tierra se quemó, y las paredes de las casas con la fortaleza de él se cayeron. Averiguóse que una india de un cristiano habia puesto el fuego; sacudiendo una hamaca que se le quemaba, dió una morcella en la paja de la casa; como las paredesson de paja, se quemó; y visto que los españoles quedaban perdidos y sus casas y haciendas assoladas, de lo que el Gobernador tenia de su propia hacienda los remedió, y daba de comer á los que no lo tenian, mercando de su hacienda los mantenimientos, y con toda diligencia les ayudó y les hizo hacer sus casas, haciéndolas de tapias, por quitar la ocasion que tan fácilmente no se quemasen cada dia; y puestos en ello, y con la gran necesidad que tenian de ellas, en pocos dias las hicieron.